

El culto y la leyenda. San Miguel de Excelsis*

El reciente robo y el feliz rescate del maravilloso retablo de San Miguel de Excelsis, en nuestro Aralar navarro, ha producido un fuerte interés por aquella joya del arte románico; también por la historia del santuario y su advocación; por el culto a San Miguel. En las páginas que siguen se pretende recordar a los visitantes de la exposición que ahora se celebra, algunos datos relativos a tal historia y culto.

El arcángel San Miguel (*Quis ut Deus?* o ¿Quién como Dios?) aparece en el Antiguo Testamento como el primero entre los príncipes de la corte celestial en la jerarquía angélica. En el *Apocalipsis* de San Juan es el jefe del ejército celeste, en su lucha con Satán. Resultó así que luego fue considerado defensor o custodio de los papas y el que hace triunfar siempre a los protectores de la Iglesia en los esfuerzos bélicos con el emperador Constantino en cabeza. Del siglo IV en adelante la fe en San Miguel parece aumentar. Esto coincide con las grandes crisis del final del Imperio romano en Occidente. En el siglo V, aparte de que hay memoria de que se le dedican varias iglesias ilustres, es famosísima su aparición en el monte Gargano, cerca de Manfredonia, al andar a la busca de una res perdida cierto rico campesino que se llamaba con el nombre que se dio al monte. Llegó este campesino con los suyos a cierta cueva. Uno de aquéllos lanzó al interior un dardo y el dardo fue devuelto por misterioso impulso. El obispo de Siponte que estaba entre los presentes oró para que se esclareciera el misterio y fue San Miguel mismo el que se le apareció a los tres días de plegarias y ayunos, para decirle que era él el que estaba en la cueva, ordenando al obispo que en el sitio construyera una iglesia, bajo la advocación de «San Miguel y todos los ángeles». La fama del milagro llegó pronto a Roma, corrió por toda la Cristiandad en lapso corto. Puede afirmarse que, si antes San Miguel era considerado por las razones expuestas el santo *guerrero* y *defensor* de los fieles por antonomasia, desde este momento es también el santo de las *alturas* y de los que viven en ellas. De modo significativo se fundan bastantes iglesias en montañas. Así el famoso «Mont Saint-Michel», que también obedece a una aparición del Arcángel al obispo Auberto de Avranches, el año 708.

El emperador Carlomagno consideró al mismo, patrón y jefe del Imperio de las Galias. Se explica así también que los lugares de culto se multipli-

* VVAA, *El retablo de Aralar y otros esmaltes navarros*. Pamplona, Institución Príncipe de Viana, Diputación Foral de Navarra, Caja de Ahorros de Navarra, 1982, pp. 5-10

caran por doquier y que, en el proceso de cristianización de las masas rurales, muchos antiguos emplazamientos venerados por los paganos se dedicaran al Arcángel, sobre todo, los que antes estaban consagrados a divinidades que se adoraban en las alturas mismas, como Mercurio o Hermes o los dioses galos que equivalían a este dios. De ello dan cuenta tanto la arqueología como la toponimia. Algo parecido ocurre en otras partes de Europa. En Alemania -por ejemplo- se borró, con su culto, el dado a Wotan.

En la Península Ibérica, en España, puede decirse que su culto popular recibe también un impulso grande a causa de la aparición del monte Gargano y que entre los visigodos, convertidos al Catolicismo, fue ya grande. Pero después de la invasión musulmana cobra una vigorosa significación entre comunidades cristianas resistentes, de guerreros y campesinos, como eran los que iniciaron la Reconquista en la zona septentrional. San Miguel es el santo protector de los cristianos en lucha y de los que viven en los montes, sobre todo pastores.

Son así famosos algunos templos dedicados al Arcángel en Asturias, León, Castilla del Norte, el Pirineo catalán y aragonés y, claro es, Navarra. Recordemos a San Miguel de Lillo (Asturias), San Miguel de Escalada (León), San Miguel de Cuxá (Rossellón), San Miguel del Fay (Barcelona). De alguna fundación se sabe la fecha, como la de San Miguel de Pedroso (Burgos) que data, al parecer, del año 759 de J.C. La escritura fundacional es la primera del cartulario de San Millán de la Cogolla.

En Galicia son innumerables las feligresías dedicadas a San Miguel. Algunos templos, como el mozárabe de San Miguel de Escalada, puede que conserven algo de época visigoda. Otros reciben protección carolingia; pero en todo caso el culto se robustece en los siglos VIII, IX y X.

No puede precisarse la fecha en que aparece en el monte Aralar. Las noticias que dieron los primeros historiadores navarros acerca del asunto son curiosas desde el punto de vista folklórico, como luego veremos, pero carecen de valor histórico; y, a mi juicio, reducen la importancia primera del santuario.

Más ajustado a la verdad estuvo el Padre Moret cuando escribe lo que sigue, respecto al culto: «La nación de los navarros fue en todos siglos tan devota del glorioso Arcángel, desde el principio de la restauración de España, en que de padres a hijos se ha ido heredando la memoria de haber experimentado muy singular patrocinio suyo en las guerras contra los infieles, y lo tiene tan reconocido por valedor en el muy antiguo y soberbio templo de San Miguel de Excelsis en la cumbre altísima del monte Aralar, donde parece quiso colocar, como en atalaya eminente por centinela, que velase la salud pública del reino, y en honrarse sus naturales frecuentísimamente con su segundo nombre». En otras partes de su magna obra pagó tributo, sin embargo, a algunas lucubraciones lingüísticas acerca del nombre del monte, que luego ha vuelto a ser sometido a exámenes que dan resultados distintos. Tanto las viejas etimologías como las leyendas referidas (y aún más las folklóricas o recogidas de la tradición oral modernamente) nos desvían respecto al origen y significación del culto en los tiempos más remotos.

A falta de ellas podemos deducir algo de los datos generales expuestos, comparándolos con las circunstancias que se dan en San Miguel de Aralar. El culto al Arcángel se da en un monte, en el que hay referencias a cuevas. Este monte, por otra parte, lleva un nombre que ha dado lugar a una conjetura significativa más aceptable que las etimologías viejas, el de Aralar. Bajo

él está el valle de Araquil. Ahora bien, en un texto latino de Plinio el Mayor aparece por esta banda la población de los aracelitanos, un lugar que podría referirse a una *Ara coeli*, a un altar celeste, del cielo... en la altura. La toponimia a base de la palabra *ara* o *arae* es relativamente frecuente. «Aralar» mismo podría ser un topónimo compuesto de «ara» y «larre», campa. No sería el único mixto. Si allí hubo, como en tantos otros montes, algún culto antiguo, a un dios de las alturas, la sustitución por el culto al Arcángel quedaría dentro de una regla comúnmente seguida, según se ha visto. ¿Pero cuándo se alzó el primer templo cristiano?

Hoy día, tras el estudio atento del conjunto realizado por F. Íñiguez Almech, puede afirmarse que hay en él una parte que es de clara raigambre carolingia. El santuario en conjunto hubo de sufrir un destroz grande en el siglo X, en que volvió a rehacerse, y se remodeló en el XII. La consagración de que hay memoria escrita es del año 1143.

San Miguel, pues, parece haber recibido culto en Navarra en los tiempos más duros de la Reconquista y el santuario de montaña cada vez fue más conocido y venerado. ¿Qué significaba para los primeros reyes de Pamplona y sus súbditos? Algo que los mismos musulmanes debían saber cuando lo atacaron en una de aquellas expediciones periódicas que hacían por las primaveras. Cuando tales expediciones punitivas se hacen menos posibles, porque la Reconquista ha avanzado hacia el Sur, la devoción de los reyes de Pamplona o ya de Navarra por el santo del «Monte excelsis» aparece una y otra vez expresada en gracias y donaciones. También se advierte una relación estrecha entre el santuario, la sede episcopal y cabildo catedralicio de Pamplona. Esto explica que gran cantidad de documentos relativos al mismo se hallen en el archivo de la catedral misma.

El documento más ilustrativo entre los antiguos data del tiempo de Sancho el Mayor, cuando éste otorga el privilegio de los términos del obispado de Pamplona y deja dentro al *Vallis de Araquil* y a *sua Ecclesia Sancti Michaelis de Excelsis*. En 1017, pues, era templo famoso. Advirtamos que no será el único consagrado en las alturas al Arcángel, porque aún hoy día existe el de San Miguel de Izaga y el castillo de Huarte tuvo una iglesia que, por la vista amplia que se dominaba desde ella, se denominó San Miguel de Miravalles.

Pero sigamos con el santuario de Aralar. De 1074, por ejemplo, es una confirmación de todas las propiedades de San Miguel, hecha por Sancho el de Peñalén y su mujer, que confirma a su vez Sancho Ramírez, rey de Aragón (1076-1094). También hay muchas donaciones de particulares con devoción al Arcángel, de suerte que el poder temporal del santuario se amplía, sobre hombres y tierras, no sólo en la zona más cercana, sino también en otras no tan próximas hacia el sur, como Los Arcos o el territorio donde luego se asienta Villafranca, o hacia el norte (Fuenterrabía). Las donaciones se suceden del siglo XI al XIII. Algunas en función de las obras del santuario. Por ejemplo, en escrituras de 1157 y 1177.

El cargo de abad de San Miguel aparece unido a la dignidad de chantre de la catedral de Pamplona en el siglo XIII y en 1295 se aprueban las constituciones de la cofradía del Arcángel, que constaba de capellán, mayoresales y hermanos y a la que papas, cardenales y obispos concedieron gracias e indulgencias, que se enumeran en documentos de 1298, 1368 y 1492. La zona, fragosa, no estaba libre de las asechanzas de malhechores, Pero el santuario sigue atrayendo a devotos de tierras lejanas.

No puede decirse, sin embargo, que tras la época románica experimente grandes cambios y reformas. De 1074 a 1143 hubo de dársele al templo la estructura que hoy tiene. Y del siglo XII ya avanzado o incluso de más tarde sería el retablo objeto del robo reciente y de la admiración constante de propios y extraños. Acerca de él se ha escrito mucho y se han hecho un sin fin de conjeturas. ¿De dónde era el gran maestro que lo creó? ¿Qué conexión tiene con otros famosos retablos de esmaltes? ¿Se hizo para San Miguel de Aralar, o para otras iglesias? ¿Cómo era antes del ajuste llevado a cabo en el siglo XVIII? Estas son las preguntas principales que se han formulado los que se han ocupado de él. En la reproducción que se da ya en el libro del Padre Burgui (dibujo de Manuel de Beramendi y grabado de Juan Antonio Salvador Carmona) y en que se recuerda la reparación de 1765, el letrero explicativo considera que la imagen central es la de la Virgen del Sagrario de la catedral de Pamplona. Esto pudo originar la idea de que, en un tiempo, el retablo estuvo y aun se hizo para aquélla. Puede sorprender que San Miguel no aparezca, sí el Arcángel San Gabriel, el de la Anunciación. Pero antes el retablo era mayor.

El caso es que quedó siglos en las alturas, sin que se le prestara mucha atención y en esos siglos, que corresponden ya a fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, San Miguel de Excelsis aparece a los ojos de los fieles envuelto en leyendas y tradiciones que, hasta cierto punto, borran la realidad histórica, quitándole incluso importancia, como símbolo de lucha entre la Cristiandad y sus enemigos. Estas tradiciones y leyendas hacen que el santuario esté fundado primero por unos penitentes u otras personas que en sus alturas viven en la soledad, acechados por dragones y seres malignos. Tales leyendas se han modificado en la memoria colectiva de diversos modos, aunque ya hay redacciones de milagros relacionados con ellas del siglo XIII. En estas redacciones no aparece, sin embargo, la más famosa hoy; la que hace que el fundador del santuario sea un caballero que vivió en la época final de la monarquía visigótica, en tiempos de Witiza, que se llamaba don Teodosio de Goñi, el cual, al volver de una guerra se encontró a cierto ermitaño que, en realidad era el Demonio. Este le indujo al mal diciéndole que su mujer le era infiel. Fuera de sí por la confidencia llegó a su casa en Goñi, en el valle del mismo nombre, frente al monte Aralar por el sur. Halló en el lecho conyugal a un hombre y a una mujer, en efecto, y los mató, creyendo que eran los adúlteros. Luego se dio cuenta de su error. Los muertos eran sus propios padres. Fue a Roma a pedir penitencia y volviendo a la tierra natal vivió encadenado en la zona de Aralar hasta que, habiéndosele aparecido un dragón infernal, fue el Arcángel el que le salvó rompiendo las cadenas. Don Teodosio fundó el templo después y allí vivió el resto de su vida.

Esta leyenda aparece en ciertos textos genealógicos del siglo XVI y es interesante como muestra de la manera que se seguía con frecuencia para justificar blasones y realzar genealogías. Por otro lado, es muy parecida a la de San Julián el Hospitalario que corrió por la vía jacobea navarra, como se ve en Ororbia y Vidaurreta, al norte del territorio de Goñi, y fue muy divulgada merced al texto del Padre Burgui, publicado en 1774. Ha dado pie a una novela histórica conocida, *Amaya*, de Navarro Villoslada (de la que se sacó una ópera) y a narraciones que corren por la Burunda y la Barranca. Su importancia folklórica y literaria es indudable, pero da al santuario de San Miguel un significado de iglesia de fundación privada, no documentado. Sin embargo, allí están las cadenas del penitente y algunos otros elementos de culto que procuran ilustrarla.

Un problema curioso plantea el *Lignum Crucis*, la reliquia venerada en Aralar, que se halla en la cabeza de la imagen del Arcángel, hecha también de madera forrada de plata. Esta imagen lo representa de modo estilizado, un cuerpo cubierto de ropajes, con dos alas simétricas extendidas, los brazos en alto, llevando sobre la cabeza la Cruz. La imagen de madera se dice que es del siglo XVI. Pero corresponde a un arquetipo popular en Navarra muy antiguo, como lo atestiguan las imágenes pétreas de San Miguel de Villatuerta, de un capitel de Berrioplano y otra en dos piezas de Aralar mismo. Es, pues, éste un Arcángel Crucífero, muy distinto al guerrero en trance de vencer al dragón, que aparece en gran cantidad de retablos medievales y también al que se representa en otros como juez de los muertos.

La imagen del *Lignum Crucis* consta que se intentó robar dos veces (1620-1687) y fue restaurada en 1756. Los robos sacrilegos no han faltado, pues, en otros tiempos. Pero ninguno ha conmovido más que el último.

San Miguel de Excelsis sigue siendo para los navarros y también para muchos otros fieles de Guipúzcoa y Álava un lugar de peregrinación y en tiempos no lejanos todavía el capellán de aquel templo con la reliquia en alto, montado a caballo, iba a los pueblos del antiguo reino, en un curioso rito itinerante, con el que se pedía favor al Cielo. En la marcha podía llegar hasta las tierras del Bidasoa.



Grabado del siglo XVIII con la leyenda de Teodosio de Goñi.



Imagen relicario de San Miguel de Excelsis.

JULIO CARO BAROJA



La imagen de San Miguel, ángel itinerante, ha viajado así hasta tiempos recientes.